

Psicoanálisis y Religión

Queremos ofrecer al lector un breve resumen, y una breve crítica, de la doctrina de Sigmund Freud acerca de la religión.

Iniciamos nuestro trabajo con una visión general de la psicología freudiana, a fin de situar dicha doctrina en su verdadero contexto.

Freud fue un maestro en el arte de escribir. Su estilo es ameno, claro y preciso. Hombre de buena conducta, noble y sincero, era más bien dominante e intransigente en lo referente a sus propias doctrinas. Sufrió mucho en su juventud, por su condición de judío, en la “católica Viena”, y quizás por eso sintió siempre un profundo resentimiento contra el catolicismo.

Los orígenes del psicoanálisis

Sigmund Freud quería descubrir el origen de las enfermedades mentales, y especialmente de las neurosis,¹ así como el modo práctico de curarlas. No consideraba satisfactorio el método hipnótico

¹ Con frecuencia se usa el término *neurosis* como sinónimo de enfermedad mental. Pero, estrictamente hablando, las neurosis son enfermedades mentales especiales, diversas de las psicosis. Son enfermedades psíquicas menores, de las cuales el paciente es más o menos consciente (como la angustia o la ansiedad, el histerismo, la depresión, etc.). Por el contrario, las psicosis son graves trastornos mentales (con autismo y disgregación de la personalidad) de los que no es consciente el sujeto (como la psicofrenia, la paranoia, la esquizofrenia, la demencia senil, etc.). Son pocos precisos los límites entre la vida normal y la patológica, y también entre las neurosis y las psicosis. Cf. V. E. VON GEBSATTEL, *Antropología médica*, Rialp, Madrid, 1966.

(empleado por Charcot, Bernheim, etc.), porque pensaba que producía solamente algunos efectos temporales, y no llegaba al fondo del problema. Por lo demás, muchos hombres son difícilmente hipnotizables, y muchos médicos (como el mismo Freud) no pueden hipnotizar con facilidad. De Charcot aceptó y desarrolló la idea de que casi todos los trastornos mentales son de origen psíquico, y especialmente sexual, y que provienen de experiencias tenidas en la primera infancia. Los experimentos de Bernheim sobre la “sugestión posthipnótica” le convencieron de que el psiquismo inconsciente puede determinar el comportamiento del sujeto. Aprendió de Breuer el valor del método de la “catarsis” o de la curación de las neurosis mediante la narración y la toma de conciencia de sus causas.

El caso estudiado y resuelto por Breuer (llamado “caso Anna”) se refería a la curación de una joven de 21 años (llamada realmente Bertha Pappenheim). Anna tenía ataques histéricos mientras servía a su padre en su última enfermedad. La narración hecha por la muchacha mostró que su fobia hacia los vasos provenía del recuerdo infantil olvidado (o mejor dicho, “reprimido”) de haber visto cómo el perrito de la nodriza bebía en el vaso usado habitualmente por la misma Anna. Descubierta la causa, la muchacha se curó, pudiendo beber de nuevo normalmente. Breuer consiguió este éxito empleando el tratamiento de la catarsis realizada durante la hipnosis, y Freud trató de conseguir lo mismo mediante el *método psicoanalítico* o el método de la libre asociación por él inventado.

Tenía Freud una mente penetrante y observadora, así como una vasta cultura científica y literaria. El estudio de sus pacientes le reveló que las causas de los síntomas o manifestaciones morbosas eran casi siempre fuerzas inconscientes, y que éstas se manifestaban especialmente en los sueños y en los “actos fallidos” de la vida ordinaria. Fundó así el nuevo método llamado “método psicoanalítico” o método del análisis de los estratos más profundos del psiquismo humano. Dicho método tiene como objetivo detectar o descubrir las causas inconscientes de la conducta humana a través de sus múltiples manifestaciones: a) la libre asociación imaginativo-verbal (el sujeto narra al psicoanalista todo lo que le viene a la mente, y responde rápidamente a las frases o palabras “introdutorias”); b) el examen de los actos fallidos (olvidos, errores en el hablar o en el obrar. . .) y de los actos lúcidos (chistes,

humorismo, juegos...); c) el análisis de los sueños (que constituyen la “*via regia*” para la manifestación y la exploración del inconsciente); d) el estudio de las neurosis o de las enfermedades mentales en general.

El descubrimiento de este nuevo método, y su aplicación sistemática a los pacientes, constituye de hecho el especial sistema de investigación y de terapia llamado “psicoanálisis”. Más tarde el psicoanálisis se convirtió en una doctrina general (cosmovisión), explicativa de toda la psicología e incluso de toda la cultura humana.

Es claro que en el nacimiento del psicoanálisis freudiano influyeron mucho (además de los autores ya citados: Charcot, Bernheim, Brucke y Breuer) diversos científicos, filósofos y literatos: a) T. Fechner y H. Helmholtz con su doctrina de la conservación y la distribución de la energía; c) C. Darwin y E. Haeckel con la teoría de la evolución biológica y la relación entre ontogénesis y filogénesis (la evolución del individuo es un resumen de la evolución de la especie, y el psiquismo salvaje repite el psiquismo de la humanidad primitiva; c) Franz Brentano con su doctrina sobre la “intencionalidad” de los procesos psíquicos (llamada “direccionalidad” en el psicoanálisis); d) los grandes clásicos griegos y algunos modernos (Shakespeare, Goethe, Dostoyevski...) con sus descripciones de los profundos misterios del psiquismo humano.

La exploración del psiquismo humano.

La psicología clásica se reducía prácticamente al estudio de los actos o procesos conscientes. En cambio, el psicoanálisis trata de estudiar principalmente los estratos más amplios y profundos del psiquismo inconsciente. Y para ese fin usa, sobre todo, el camino real de los sueños (y de su interpretación), y el estudio de las neurosis y de su sintomatología.

Freud supone que el psiquismo es, en su máxima parte, inconsciente (como un “iceberg” sumergido casi totalmente en el mar). Consta de imágenes y de pulsiones,² agrupadas en “complejos” o

² Esta parece ser la traducción más adecuada (a las lenguas latinas) del término aleman TRIEB (en inglés DRIVE) usado por Freud. TRIEB significa impulso o instinto, pero en el lenguaje psicoanalítico se suele traducir por “pulsión”.

constelaciones, cargados de energía. Los *complejos* con grupos de imágenes cargadas de afectividad, que influyen fuertemente en la conducta humana. Son de carácter irracional, y casi siempre inconscientes y provenientes de experiencias infantiles. Dichas imágenes y pulsiones buscan su satisfacción en el campo de la conciencia y de la realidad exterior. Cuando dicha satisfacción es contraria a las normas morales o sociales del hombre, dichas imágenes y pulsiones son “reprimidas” o bloqueadas en el inconsciente. De ese modo se cargan todavía más de “energía” (como los gases sometidos a fuerte presión), y producen “traumas” (o heridas psíquicas) y originan diversos conflictos.

Cuando la energía psíquica no encuentra su desahogo normal en la conciencia, busca falsas salidas en las neurosis (como veremos después).

El desahogo normal de las pulsiones puede efectuarse de tres maneras: a) de modo claro y externo cuando consiguen su objetivo en sus propios objetos; b) de modo oculto en los citados actos fallidos y lúdicos, o también desplazándose hacia otros objetos “sustitutivos” (como sucede especialmente en la *sublimación*, cuando la sexualidad o la agresividad encuentran una satisfacción sustitutiva en otros objetos nobles, como el arte o la guerra); c) en los sueños, en los cuales se da una satisfacción (fantástica, pero muy eficaz) de las múltiples tendencias humanas. Durante la dormición todos somos “locos”: nos falta casi totalmente el control lógico y moral de la conciencia, y nuestros impulsos encuentran fácilmente satisfacción, en forma manifiesta, o más comunmente en forma enmascarada.

El mundo de los sueños

Los sueños son el mejor medio para el descubrimiento del inconsciente. Son como su compromiso entre la tendencia de los procesos inconscientes hacia su satisfacción, y la acción censurante y represiva de la conciencia.

El ensueño es la “*via regia*” para llegar al inconsciente, no sólo porque es un fenómeno universal, sino también porque sus leyes (condensación, desplazamiento, dramatización, simbolización, etc.) son también leyes del inconsciente. Este, como el mismo ensueño, está íntimamente ligado a la vida instintiva, no tiene en

cuenta el tiempo, y sólo busca la obtención del placer y la evitación del dolor.

En el sueño hay que distinguir dos contenidos: uno manifiesto y otro latente. El primero es solamente una fachada o una máscara para esconder los procesos inconscientes y básicos del sueño.

También hay que distinguir entre elaboración primaria y elaboración secundaria del sueño. Elaboración primaria es la transformación del contenido latente en contenido manifiesto. Elaboración secundaria es la organización lógica que el mismo individuo trata de dar al sueño después que se ha despertado (ordinariamente esta elaboración es muy deformante).

Las leyes principales del sueño son la condensación, el desplazamiento, la simbolización, la representación mediante el opuesto, y la dramatización.

En la *condensación* se unen elementos que están separados en el estado de vigilia, (como la muerte y el orgasmo).

En el *desplazamiento*, el carácter propio de un elemento es atribuido a otro, y así la carga afectiva es transferida de una imagen a otra (por ejemplo, la hostilidad hacia un animal sustituye a la hostilidad hacia una persona).

En la *simbolización* una imagen consciente enmascara otra imagen inconsciente e inaceptable para el sujeto. Los símbolos más típicos son pocos, y se refieren a las partes y a los actos sexuales, al nacimiento y a la muerte, a las relaciones familiares, etc. (las cosas alargadas representan el órgano genital masculino, y las redondeadas y cóncavas el femenino, subir o volar representa la actividad sexual...).

En la *representación por el opuesto* el contenido manifiesto del sueño enmascara su contenido real (un viejo representa a un joven, una persona alta representa a una baja...).

En la *dramatización* el sueño latente aparece en el manifiesto en forma de acción con representaciones sensibles concretas.

Según Freud, la inmensa mayoría de los sueños son satisfacciones encubiertas y simbólicas de deseo (sobre todo de carácter sexual). Son también “guardianes del dormir”, porque insertan las excitaciones externas en el “drama onírico”, de modo que no

se interrumpa la dormición (una vez Freud oyó el rumor que hacía una vecina sacudiendo la alfombra, y soñó ser aplaudido en una conferencia, hasta que el rumor prolongado logró despertarlo). Admite también Freud algunos sueños de angustia (pesadillas, *nightmares*), sueños repetitorios, y sueños de "restos diurnos". Pero opina que incluso en estos casos se trata de tentativos de satisfacción de deseos.

Debemos también notar que en los sueños se recuerdan frecuentemente cosas soñadas (recuerdos de sueño a sueño) y a veces se recuerdan también experiencias lejanas de la primera infancia (absolutamente irrecordables en el estado de vigilia).

Concepción "topológica" de la personalidad.

Freud no siempre defendió la misma doctrina sobre la constitución de la personalidad y sobre la dinámica de los instintos o pulsiones.

Propuso primeramente una descripción "topológica" de la personalidad, dividida en tres zonas o sectores (consciente, preconscious e inconsciente), y defendió que todas las pulsiones eran formas o manifestaciones de una sola *libido* (energía psíquica general, de origen y de naturaleza sexual), que se dividía en "libido egoística" y en "libido objetal", con direcciones opuestas, pero intercambiables.

La zona del *consciente* es la zona de los fenómenos psíquicos conscientes (fenómenos estudiados por la psicología clásica, antigua y moderna). La zona del *preconscious* abarca los procesos inconscientes en acto, pero fácilmente accesibles a la conciencia. Finalmente, la zona del *inconsciente* incluye todos los procesos psíquicos que son siempre inconscientes o que sólo pueden llegar a la conciencia con gran dificultad.

El mismo autor distingue entre fuente, fin y objeto de los instintos o pulsiones. Los instintos son impulsos internos y continuos, y por eso se distinguen de los estímulos del sistema nervioso (externos y discontinuos). *Fuente* del instinto es un estado especial de excitación de los procesos somáticos. *Fin* del instinto es la acción capaz de remover o superar esa excitación. *Objeto* del instinto es el medio para obtener la satisfacción final.

Los instintos humanos son poco rígidos, pueden cambiar de objeto por desplazamiento, y pueden sustituirse unos a otros. Por eso es preferible designarlos con el nombre especial de "pulsiones".³

Freud distingue entre *catexia* (carga) y *anticatexia* (contracarga). La conciencia es el producto de una hipercatexia, resultante de la unión de una catexia del inconsciente (reforzada hasta llamar la atención del Ego) con una catexia del mismo Yo, ejercida sobre el inconsciente, en modo de hacer posible la vinculación asociativo-verbal (porque las cosas se convierten en conscientes cuando son verbalizadas). Las ideas o imágenes no expresadas en palabras, y los actos psíquicos no sobrecargados (con una hiperestexia permanecen reprimidos en el inconsciente.⁴

Concepción "estructural" de la personalidad.

Más tarde (especialmente en los años 1920-1923) propuso Freud una nueva descripción de la personalidad, que suele llamarse *estructural*, porque en ella se distinguen tres estructuras diversas: el ELLO (*Es* en alemán, *It* en inglés), el Ego y el Super-Ego.

Modificó también su anterior explicación de los instintos o pulsiones, admitiendo un instinto de muerte o de agresividad (llamado *thánatos*) en el mismo nivel del instinto de vida (llamado *eros*). Así en el ensayo titulado *Más allá del principio del placer* (1920) distingue tres grupos de pulsiones: los instintos agresivos y los instintos libidinosos del Ello (la libido es la energía de Eros), así como los instintos del Yo ordenados a la autoconservación y sometidos a la presión del mundo externo y del Super-Yo.

La estructura del Ello incluye todo lo que en el hombre es arcaico, animal, alógico, amoral, e infantil. Es una parte totalmente inconsciente, así como la porción más rica, amplia y profunda del psiquismo humano. Está dominada por el "principio del placer". Pululan en ella innumerables instintos y complejos (innatos, o reprimidos). El impulso más fundamental y fuerte del Ello es el *Eros* o el instinto de vida. Al lado del mismo hay otro fuerte instinto: el *Thánatos* o el instinto de muerte. Ambos instintos se entrecruzan diversamente en la vida humana, como se ve fácilmente en las perversiones sexuales del sadismo y del masoquismo. Aparecen claramente en las diversas formas de cultura (música,

³ Cf. Sigmund Freud, *Los instintos y sus vicisitudes* (1915).

⁴ Cf. *Ibidem*. Véase Leonardo Ancona, *La psicoanálisi*, Ed. La. Scuola, Brescia, 1963, pp. 89 ss.

poesía...), y en los niños pequeños (que aman mucho los juguetes, pero pronto se cansan de ellos y los destrozan).

El *Yo* es la estructura racional del psiquismo humano. Es casi totalmente consciente, o preconsciente, exceptuando la parte inferior que comunica con el *Ello*. Es la persona como sujeto de conocimientos, afectos y actitudes, en contacto inmediato con el mundo externo. En el *Yo* domina el "principio de la realidad", y el esfuerzo por adaptarse a las exigencias del mundo real y a las normas socio-culturales.

El *Super-Yo* es la estructura de paso o el puente entre el *Ello* y el *Yo* (y es propiamente inconsciente). Se forma en la infancia con la "introyección" de las normas de conducta recibidas de la sociedad, y especialmente de los padres y educadores. Se llama también "Ideal del *Yo*". Es la sede de la conciencia social y moral y premia o castiga los actos del *Yo*. Comienza a existir en la infancia después de la disolución del "Complejo de Edipo". Es el encargado de la censura de los impulsos y deseos "innobles" que buscan su satisfacción en el *Yo* y en el mundo externo.

El mismo Freud hace notar que la triple división en *Ello*, *Yo* y *Super-Yo* no corresponde a la distribución anterior en Inconsciente, Preconsciente y Consciente. Solo son conscientes los procesos del *Yo*, pero no todos los fenómenos del *Yo* son conscientes. Efectivamente, no son conscientes los procesos de represión (*Verdrängung*, en alemán), de resistencia y defensa de las "antitextas" del *Yo*. Estos procesos son más bien preconscientes. Y toda la actividad del *Super-Yo* es inconsciente. El *Yo* no está totalmente separado del *Ello*. Su parte inferior (así como el material reprimido) está sumergido en el *Ello*. Según Freud, *Yo* es la parte del *Ello* modificada por el influjo del mundo externo. La libido objetual es una diferenciación de la libido del *Yo*, el amor objetual procede del amor de sí mismo, y el principio de la realidad sirve al principio del placer.⁵

El Complejo de Edipo.

Complejo de Edipo (expresión proveniente de la célebre tragedia *Edipo Rey*, escrita por Sófocles) es la especial situación

⁵ Debemos notar que la mayor parte de los psicoanalistas contemporáneos no admiten este reduccionismo freudiano, y atribuyen al *Yo* un valor propio y autónomo.

conflictiva del niño, que ama a la madre como objeto sexual, mientras que odia al padre como enemigo o rival (en la niña la situación es similar, pero inversa). Según la leyenda griega, Edipo mató a su padre y se casó con su madre (ignorando que se trataba de sus progenitores). El complejo edipiano implica una curiosa "ambivalencia afectiva": el niño odia y teme al padre como rival y malhechor, y juntamente lo ama y admira como persona bienhechora y superior. Esta situación conflictiva se "disuelve" posteriormente (hacia los seis años) con la identificación del niño con su padre. El complejo de Edipo y su superación están en la base de la idea de Dios (considerado como padre celestial y omnipotente), de la religión, de la moral, de la vida social y cultural. El mismo complejo tiene efectos muy duraderos en toda la vida humana.

La dinámica de la personalidad.

El aparato psíquico es un sistema distribuidor de energía, tendente al equilibrio en el nivel más bajo de potencial. Los estímulos (externos e internos) producen tensiones que desequilibran dicho sistema, y esto origina un proceso ordenado a restaurar el estado primitivo (*homeostasis*), con la intervención de las modificaciones debidas a la maduración psíquica. Freud admitía la transformación de la energía corporal en energía psíquica, y viceversa. La energía desarrollada en los actos de la persona humana proviene siempre de las pulsiones del Ello. La fuente principal de estas pulsiones son las necesidades corporales. Su fin último es la satisfacción de las necesidades, con el consiguiente reposo o destensión. La energía empleada por el Ello puede apartarse de algunos objetos y dirigirse hacia otros equivalentes o sustitutivos. Esta desviación se llama *desplazamiento*, y cuando se dirige hacia metas más nobles recibe el nombre especial de "*sublimación*". Objetos equivalentes son los que tienen alguna semejanza entre sí en cuanto a la apariencia o el uso (como el pezón y el biberón, y posteriormente el dedo o el cigarrillo...).

La libido y la agresividad adoptan formas muy diversas a fin de conseguir su satisfacción (*Befriedigung, gratification*), engañando la "censura" del Super-Yo. Ofrecen dura resistencia a la acción del psicoanalista (o del propio Yo), cuando se trata de desenmascararlas. A veces (y especialmente durante el trata-

miento psicoanalítico) la libido y la agresividad se “transfieren” de unas personas a otras (por ejemplo, del padre al médico). Este fenómeno, llamado “transfert” o transferencia, es fundamental en el psicoanálisis freudiano.

Todos los afectos son o pueden ser “ambivalentes”: amor y odio (besar y morder), temor y deseo, miedo y audacia... Las críticas exageradas hacia otras personas pueden ocultar amor o admiración inconscientes, y las excesivas cortesías pueden enmascarar odio o agresividad.⁶

La concentración de la libido o de la agresividad en un objeto determinado produce fácilmente obsesiones e incluso neurosis obsesivas. No se curan éstas con la satisfacción directa de dichos instintos (doctrina falsamente atribuida a Freud), sino con la satisfacción indirecta o sublimada, tal como conviene al hombre (así la obsesión sexual se puede curar con el amor conyugal; la agresividad con la caza, con el “foot-ball”, etc.).

Los instintos sexuales son una parte bien determinada del *Eros*, a cuyo servicio están también los instintos autopreservativos del Yo, el principio del placer y el principio de la realidad. Este principio impulsa frecuentemente a posponer o “sublimar” la satisfacción directa, que podría producir muchas dificultades.

En cambio, el *Thánatos* o el instinto de muerte tiene el cometido contrario, y solo puede ser descubierto mediante el raciocinio deductivo.⁷

Eros y *Thánatos* actúan juntamente, fundidos en una síntesis, o luchando entre sí.

Esta fue la sistemación final de Freud acerca de la doctrina de los instintos o pulsiones. Sin embargo, algunas veces afirma que los instintos de vida están subordinados a los instintos de muerte, y formula la célebre frase pesimista de que la vida está al servicio de la muerte.⁸

⁶ Este hecho aparece claramente en las narraciones de los grandes literatos. Véase especialmente W. Shakespeare, *Hamlet*; F. Dostovieski, *Los hermanos Karamazov*. J. Benavente, *La Malquerida*, etc.

⁷ Freud atribuye mucha importancia al principio de retorno de la materia viva a su primer estado inerte mediante los procesos fisiológicos opuestos del anabolismo y del catabolismo.

⁸ Sigmund Freud, *Más allá del principio del placer* (1920); IDEM, *Mi vida y el psicoanálisis* (1925); L. Ancona, *op. cit.*, pp. 111 ss.

El desarrollo de la personalidad

La sexualidad se muestra precozmente y en diversas formas después del nacimiento. En este sentido se puede decir que el niño es un “perverso polimorfo” (aunque parezca ser todo lo contrario).

Sexualidad es una noción mucho más amplia que genitalidad, porque incluye no solamente la actividad genital, sino también muchas otras actividades no vinculadas a los órganos genitales. La vida sexual implica todas las funciones que permiten obtener placer de las diversas partes del cuerpo. La energía sexual o la libido impregna todas las fases vitales, aunque con aspectos diversos según las diversas fases.

Así pues, el término “sexualidad” debe entenderse en el sentido más general de hedonismo, o mejor todavía de sensualidad o sensibilidad emotiva. El Eros — dice Freud — se puede traducir simplemente por Amor (*Liebe*, en alemán).

Siguiendo la línea de la libido podemos distinguir, en el desarrollo de la personalidad, las fases siguientes:

a) *Fase oral* (primer año de vida): la libido se concentra y satisface en la región oral, chupeteo de las mamas o de otros objetos sustitutivos).

b) *Fase anal* (segundo y tercer año): la satisfacción de la libido se concentra en la estimulación de la mucosa anal, conseguida por medio de la evacuación o de la retención de los excrementos (ambivalencia).

c) *Fase fálica* (3-5 años): los órganos genitales (el pene en el niño y el clítoris en la niña) se convierten en la zona erógena preponderante. Se desarrolla entonces el citado complejo de Edipo (que en la niña se denomina también complejo de Electra, en recuerdo de la célebre hija de Agamenón). Es una situación conflictiva, que normalmente se resuelve hacia los seis años, y que influye profundamente en toda la vida del individuo y de la sociedad.

f) *Fase de latencia* (6-11 años). Bajo el influjo del ambiente cultural en el que vive, el niño olvida sus perversiones sexuales

(amnesia infantil), y obra según las normas del Super-Yo (resultante del citado complejo edipiano).⁹

e) *Fase genital* (el resto de la vida). Comienza con la pubertad (hacia los once años). Las tendencias anteriores se subordinan (sin desaparecer totalmente) a la libido genital que busca su satisfacción completa en la unión con el otro sexo (*heterosexualidad*). Algunas veces aparece una forma anormal de tendencia a la unión con el mismo sexo (*homosexualidad*).

La heterosexualidad es la forma definitiva y normal de la libido. Pero no son raras las "fijaciones" y las "regresiones" a las fases anteriores (fase oral, anal, edipiana...). Siempre es posible, en las tres primeras fases, el "narcisismo", en el cual el objeto amoroso es el mismo individuo.

En el desarrollo de la persona humana se pasa gradualmente del narcisismo a la maduración heterosexual (del egoísmo al altruismo), y del "principio del placer" al "principio de la realidad".

El "carácter" del Yo está determinado básicamente por la introyección de los padres y educadores en el Super-Yo.

La maduración afectiva humana lleva normalmente a algunas formas de amor (amor de base sexual, pero "sublimado", dice Freud), como son el amor a la religión, el amor a la patria, a las artes, a las ciencias, a la vocación personal, etc. Se forja así una personalidad más o menos estabilizada, en la cual son superadas las frustraciones, las angustias y las tensiones violentas por medio de ciertos "arrangements" o adaptaciones a la realidad, consiguiendo así una cierta madurez (siempre relativa).

Las neurosis y los mecanismos de defensa

El psicólogo vienés distingue entre sujeto normal, sujeto neurótico, y sujeto psicótico. *Sujeto normal*: el Yo observa un compromiso equilibrado entre las exigencias del Ello, de la realidad externa, y del Super-Yo. *Sujeto neurótico*: el Yo se alía con la realidad externa y contra los instintos y pulsiones. *Sujeto psicó-*

⁹ Hoy se sabe que el período de "latencia" sexual se debe básicamente al frenado de la epífisis sobre las glándulas sexuales a favor de las glándulas del crecimiento.

tico: el Yo se alía con los instintos o pulsiones, y contra la realidad externa.

Según esta doctrina, el Yo puede sentir tres clases de angustia o de ansiedad: *angustia instintiva* o neurótica ante el Ello (frente a los instintos y frente a la lucha entre diversas pulsiones); *angustia realista* o angustia objetiva frente al mundo externo; *angustia moral* o de conciencia ante las exigencias del Super-Yo.

El material reprimido trata constantemente de retornar al nivel de la conciencia, usando diversos subterfugios o máscaras (sueños, lapsus, chistes o juegos...), como hacen los grupos políticos subversivos puestos fuera de ley (o reprimidos) por la autoridad pública. En esa incómoda situación, el Yo cree deber establecer una segunda línea o barrera, formada por una serie progresiva de "mecanismos de defensa", de carácter neurótico, y cada vez mas alejados de la realidad. Si cae también la línea defensiva de las neurosis, entonces el Yo puede buscar refugio en el campo de las psicosis.

El mismo Freud describe algunos de estos *mecanismos de defensa*. Pero la descripción sistemática de los mismos se debe principalmente a su hija Anna Freud (1936), a O. Fenichel (1956), y a otros psicoanalistas. Veamos los principales mecanismos defensivos.

Desvanecimiento: el Yo se retira totalmente de la realidad, y paraliza todas sus funciones.

Represión: se olvidan (con olvido "activo") las experiencias tenidas, o no se toma conciencia de los procesos psíquicos inaceptables para el sujeto.

Aislamiento: en las experiencias conscientes se separan las imágenes de su carga afectiva normal (amor, horror, etc.). Así, por ejemplo, se puede pensar o hablar friamente de cosas eróticas, de torturas, etc.

Racionalización: se trata de justificar con pretextos o razones especiosas las acciones ilícitas o los fracasos.

Anulación: se efectúa un segundo acto (como cerrar la puerta, hacer un gesto especial...) para rectificar un acto anterior.

Denegación: se niegan ciertos aspectos desfavorables de la realidad (como cuando uno se excusa espontáneamente diciendo: no soy un loco, no quiero pensar mal, no quiero ofenderte...).

Proyección: se atribuyen a otras personas los propios pensamientos, deseos o hechos (negándolos en cuanto a sí mismo).

En la formación y en la evolución del carácter son especialmente importantes otros dos mecanismos: la sublimación y la formación reactiva.

La *sublimación* es una forma especial de desplazamiento. En este proceso la carga afectiva se desvía hacia otros objetos o hacia otras personas. El desplazamiento hacia otros objetos más nobles se llama sublimación, y el desplazamiento hacia otras personas recibe el nombre especial de *transfert* o de transferencia.¹⁰

Formación reactiva es la exaltación (determinada inconscientemente) de algunos actos conscientes, opuestos a los propios impulsos inconscientes (así muestra un amor exagerado hacia la hija la madre que inconscientemente la odia, y los hombres insinceros e inmorales exaltan y exigen de los demás sinceridad y moralidad...).

En las neurosis, al lado del deseo de curarse está la tendencia inconsciente (ambivalencia) a prolongar la enfermedad, por razón de las ventajas y de la satisfacción torcida que procura al paciente.

El objetivo de la psicoterapia psicoanalítica es liberar los instintos, de modo que puedan ser bien usados por el Yo, y al mismo tiempo fortificar el Yo a fin de que pueda regular realísticamente los propios instintos.¹¹ Así se convertirá el hombre en un sujeto normal, equilibrado y maduro.

Freud y la religión

Veamos ahora cual es la doctrina especial de Freud sobre la *religión*.

Considerando las múltiples analogías existentes entre la conducta típica de los neuróticos y la vida religiosa, Freud concluye que esta se puede comprender y explicar por medio de aquella.

La religión — dice el psicólogo vienés — es una neurosis obsesiva y permanente de la humanidad. Es la forma más refinada y universal de neurosis. Y como todas las formas de neu-

¹⁰ Cf. Sigmund Freud, *Leonardo da Vinci: un estudio sobre la sexualidad* (1910).

¹¹ Se puede citar, a este propósito, el ejemplo del caballo (el Ello) y del caballero (el Ego) en el deporte de la equitación. Freud opinaba que eran curables las neurosis, pero no las psicosis (porque en estas enfermedades es imposible el "transfert"). Los psicoanalistas hodiernos suelen ser más optimistas en este punto.

rosis se basa, en último análisis, en el llamado “Complejo de Edipo” (el cual se desarrolla no solamente en el plano individual, sino también en el social).¹²

Los actos obsesivos de los neuróticos y las prácticas religiosas

Las ideas y las manifestaciones religiosas son solamente “psicología proyectada” sobre el mundo exterior.

Freud compara algunas veces la religión con la “paranoia”. Pero más comunmente la parangona con la neurosis, y sobre todo con la “neurosis obsesiva”.

La *paranoia* es una psicosis (o enfermedad mental grave) caracterizada por ilusiones y delirios limitados a un sector especial (como en el llamado “Quijotismo” tan bien descrito por Cervantes).

Las *neurosis* son trastornos menos graves de la conducta, en los cuales el enfermo se da cuenta (más o menos) de su situación. En la “neurosis obsesiva” el enfermo tiene ideas y compulsiones fijas, que le impulsan a la repetición de determinados actos (como lavarse las manos, mirar hacia atrás...).

La *superstición* es una forma especial de paranoia. Tanto el supersticioso como el paranoico interpretan subjetivamente todos los signos que ven o creen ver. Ambos “proyectan” hacia afuera múltiples imágenes de sí mismo, las personifican y las atribuyen diversas intenciones, según las cuales regulan su propia conducta.

Tanto la superstición como la religión se asemejan mucho a la neurosis (más aun que a la paranoia) y especialmente a la neurosis obsesiva.

El supersticioso y el neurótico desarrollan ritos y ceremonias peculiares, como “mecanismos de defensa” contra las frustraciones de sus deseos.

Podemos, pues, concluir que el ceremonial neurótico y el religioso tienen el mismo origen. De modo que, descubierto el origen

¹² Freud explica su doctrina sobre la religión en cuatro obras fundamentales: *Los actos obsesivos y las prácticas religiosas* (1907), *Tótem y Tabú* (1913), *El porvenir de una ilusión* (1927), *Moisés y la religión monoteísta* (1939). Habla también sobre la religión en muchos otros escritos: *Observaciones psicoanalíticas sobre un caso de paranoia autobiográficamente descrito*, *Psicopatología de la vida cotidiana*, *El malestar en la cultura*, etc.

de las neurosis, será fácil descubrir la fuente de los fenómenos religiosos.

La base del comportamiento y de todos los conflictos del neurótico obsesivo y del hombre religioso es el *sentimiento de culpabilidad*. Tanto el hombre neurótico como el religioso deben defenderse contra los instintos reprimidos, considerados como una tentación, y productores de angustia. Los citados instintos son casi siempre de componente y de origen sexual. Nacen así los actos obsesivos y las prácticas religiosas como “defensas” contra la tentación y la angustia antes citadas.

A imitación de Augusto Comte, Freud admite tres concepciones humanas del mundo: la concepción o la mentalidad *animista*, la *religiosa*, y la *científica*. En la primera el hombre cree ser él mismo omnipotente. En la segunda piensa que sólo los dioses son omnipotentes, pero cree que él puede influir en los mismos para obtener lo que desea. En la tercera el hombre reconoce su pequeñez y su indigencia.

Estas tres etapas corresponden, respectivamente, a tres fases de la libido: el narcisismo, la objetivación de la libido en los padres, y la madurez. En esta última fase el hombre renuncia al “principio del placer”, aceptando el “principio de la realidad” (o al menos, subordina el primero al segundo).

La religión es una neurosis obsesiva y una ilusión permanente de la humanidad

Del examen de las analogías y de las diferencias entre los actos obsesivos de los neuróticos y las prácticas religiosas se puede concluir que la religión es una “neurosis obsesiva de la humanidad”. Sin embargo, a veces (y de modo paradójico) la religión ayuda al hombre a liberarse de la neurosis individual. En otras palabras: la neurosis obsesiva ordinaria es como una religión individual, y la religión como una neurosis obsesiva universal.

La coincidencia más importante (entre neurosis obsesiva y religión) es la renuncia a los instintos o impulsos naturales, y la diferencia mayor es que en la citada neurosis solo intervienen los instintos sexuales, mientras que en la religión intervienen también los instintos agresivos.

La religión es también una ilusión permanente de la humanidad. Freud llama "ilusión" la creencia no basada en la realidad, sino en razones o motivos subjetivos. Es la satisfacción irreal de los deseos de uno o de muchos individuos.

Es la religión la ilusión más importante, permanente y universal de la humanidad. El hombre espera o confía conseguir (mediante la religión) el perdón de sus pecados, la "reconciliación con el padre", e incluso una felicidad perpetua y perfecta.

Efectivamente, los hombres se sienten débiles, abandonados, mortales... y consiguientemente infelices. Pero tienen una ansia profunda de inmortalidad y de felicidad perfecta. Saben que ese anhelo no puede ser satisfecho en la realidad terrestre, y se forjan la ilusión de poder satisfacerlo en otro mundo, mediante la engañosa forma de cultura llamada "religión".

Los niños tienen plena confianza en su padre carnal, y los adultos confían totalmente en el Padre Protector del cielo, un padre infinitamente sabio, bueno y omnipotente.

Por lo tanto, la religión es la ilusión humana de un padre universal y perfectísimo, que puede proteger y hacer felices a todos los hombres. No es un producto de la experiencia o del raciocinio; es la ilusión o el cumplimiento irreal de los deseos humanos más fuertes, universales y profundos.

El secreto de la fuerza de la religión radica precisamente en la fuerza de los citados deseos. La institución del orden moral (basado en la misma religión) asegura el cumplimiento de las exigencias de la justicia. La existencia de la "providencia" nos libra de todos los males. La prolongación de la vida en otro mundo nos promete una felicidad interminable.

Además, la religión parece satisfacer la sed de saber (innata en el hombre) ofreciendo la solución de los graves e inquietantes problemas del universo, de la vida, del cuerpo y del espíritu, del origen y del fin del hombre.

La religión implica la "proyección" sobre el mundo externo de nuestra imagen interna del padre protector. Esa proyección se inicia en la edad infantil, y se prolonga y "refuerza" en las edades posteriores. Este principio es aplicable no sólo a la historia del individuo, sino también a la historia de la humanidad. Los

pueblos primitivos proyectan la idea del padre en el TOTEM (animal considerado como progenitor y protector de la tribu). Los paganos la proyectan en los héroes y en los poderes naturales divinizados. El pueblo judío la proyecta en el Dios único y en su máximo profeta (Moisés), y los cristianos hacen lo mismo en Cristo (hijo único del Padre Celestial). Así la religión evoluciona desde el totemismo hasta el politeísmo, y finalmente hasta el mono-teísmo, pero permaneciendo siempre en el mundo irreal de la ilusión.

“En síntesis: la religión (según Freud) es una ilusión, un mecanismo defensivo-destructivo, un desplazamiento o transferencia (transfert) infantil de la omnipotencia y de la omnisciencia hacia un Dios exterior, una proyección paranoica de las propias fantasías de cumplimiento de deseos. Está limitada al mundo intra-psíquico individual, y no es confirmada por el mundo de la realidad.”¹³

Complejo de Edipo, sentimiento de culpabilidad y religión

El “núcleo” del comportamiento neurótico tiene sus raíces en una especial experiencia del individuo: el complejo de Edipo. Y teniendo en cuenta la citada analogía entre neurosis y religión, se debe afirmar que también ésta se basa en un hecho semejante.

El complejo edipiano es el núcleo básico sobre el que se estructura toda la vida humana (dice Freud). Ese complejo es un fenómeno universal, y tiene un profundo y perenne influjo en la entera vida humana, individual y social (el caso de Edipo, tan maravillosamente descrito por Sófocles, aparece también en muchos otros autores, como Platón, Diderot, etc.).

En el complejo edipiano el niño siente fuertes impulsos sexuales hacia la madre, y fuerte hostilidad hacia el padre considerado como un grave obstáculo para la satisfacción de dichos impulsos. Pero, al mismo tiempo, siente amor y admiración hacia el padre (potente y benefactor). Aparece así la *ambivalencia* afectiva (amor-odio) del niño con relación al propio padre. El complejo edipiano normalmente es superado más tarde (hacia los seis años) con la “identificación” con el padre y con la introyección de sus normas morales. Pero esa ambivalencia se conserva (de

¹³ C. Kottayarikil, *Sigmund Freud on Religion and Morality...*, Ed. A. Resch, Innsbruck, 1977, p. 47.

algún modo) en todas las representaciones sustitutivas del padre. Se conserva en el animal sagrado o TOTEM (simultáneamente amado y odiado), y se conserva en la idea de Dios (amado como protector y temido como juez severo).

Así como la religión del individuo tiene su raíz psicológica en el complejo edipiano individual, así también la religión de la sociedad humana debe tener su origen en un "Edipo social", es decir, en una situación colectiva similar a la individual. Freud basa esta hipótesis en algunas doctrinas consideradas como "científicas" en su tiempo. Acepta el famoso principio de Haeckel: "La evolución del individuo (ontogénesis) es una repetición abreviada de la evolución de la especie (filogénesis)". Acepta asimismo las teorías antropológicas de Charles Darwin, Robertson Smith, Atkinson, etc. Según estas teorías los primeros hombres se rebelaron contra su padre, porque éste se reservaba para sí mismo el uso de las mujeres de la tribu primitiva. Poco después — y para evitar las continuas luchas — los hermanos del "clan" tuvieron que renunciar a la violencia entre ellos y al uso de las mujeres de la misma tribu (TABU o prohibición del incesto, y aceptación de la exogamia). El padre asesinado fue sustituido por un determinado animal (llamado TOTEM) venerado como antepasado y como "genio protector". Una vez al año se reunían todos los hermanos y celebraban un solemne banquete, en el cual comían juntos el susodicho Tótem. Este banquete era una repetición simbólica y expiatoria del "parricidio" anterior.

Por ende, el complejo edipiano de orden social fue la causa próxima del "parricidio" o del asesinato del "protoparente" (padre de la tribu primitiva). Fue éste el verdadero "pecado original" de la humanidad, pecado que produjo un intenso "sentimiento de culpabilidad", dando así origen a la religión y a las normas morales. El "padre asesinado" fue sublimado o elevado a la dignidad de TOTEM o de DIOS, que exigía fe, adoración, obediencia y satisfacción, surgiendo así la conciencia moral y las múltiples creencias y prácticas de la religión totémica (y de las posteriores formas de religión).

El sentimiento de culpabilidad es la estructura básica de la conducta religiosa. Porque la religión es una neurosis obsesiva, y es claro que el citado sentimiento constituye la base del comportamiento neurótico.

En el caso de la religión, el sentimiento de culpabilidad tiene su origen remoto en la represión de dos clases de instintos: ante todo, de los *instintos sexuales*, y después de los *instintos agresivos*. Estas dos clases de instintos desembocan en el parricidio o en el asesinato del protoparente, del cual surge directamente el sentimiento de culpabilidad. Este sentimiento es normalmente inconsciente, y ejerce un influjo profundo en toda la vida psíquica.

En suma: el complejo edipiano individual y el llamado “social” desencadenan el complejo de culpabilidad, y de éste nacen los diversos elementos culturales de la religión y de la moral.

La religión como “reconciliación con el padre”

La cultura, y sobre todo la religión, nacen radicalmente del complejo edipiano colectivo (o del primer parricidio), y próximamente del sentimiento de culpabilidad.

El remordimiento por haber cometido este crimen o pecado original exige un acto de expiación y de reconciliación con el padre, elevado a la categoría de Tótem o de Dios. Hacia ese padre idealizado se transfiere o desplaza la ambivalencia afectiva dirigida primeramente hacia el padre real asesinado.

La citada ambivalencia aparece claramente en el “banquete totémico”, cuyo recuerdo se conserva en todas las religiones y especialmente en la eucaristía cristiana. El animal totémico es venerado como antepasado del clan y como espíritu protector. Y es inmolado y comido por el clan en un rito recordatorio-expiatorio del parricidio primitivo. Con este rito y con la observancia de las diversas prohibiciones morales (o TABUS), los hijos (o sea, los hombres) quedan reconciliados con el Padre (con el Tótem o con Dios). Porque el totemismo — explica Freud — es la forma más primitiva de religión, de la que se derivan todas las demás (a saber, el politeísmo y el monoteísmo).

El “totemismo” o la religión primitiva de la humanidad

La palabra TOTEM parece provenir de los indios de la América Septentrional. El Tótem es un animal considerado como patriarca y como protector de la tribu. Es un sustituto (*Ersatz*, en alemán) del padre primitivo asesinado por los hijos y posteriormente divinizado.

Piensa Freud que el totemismo es la religión primitiva de la humanidad. Y aplica a los pueblos primitivos algunos rasgos típicos de la psicología infantil, y especialmente los rasgos del niño neurótico, quien suele proyectar y transferir a un animal la ambivalencia afectiva (amor-hostilidad) que siente hacia su propio padre.

El totemismo implica una "alianza" con el Padre, que promete al clan los bienes esperados por la imaginación infantil (perdón, ayuda y protección), mientras que el clan promete evitar todos los actos que llevaron al crimen original (o al parricidio real).

La religión totémica surgió del sentimiento de culpabilidad de los parricidas, ansiosos de reconciliarse con el padre, mediante una obediencia "retrospectiva". Todas las demás religiones son tentativas o "ensayos" para resolver el mismo problema, aunque esas tentativas varían según los diversos grados y según las diversas formas de cultura.

El banquete totémico era (como explica Robertson Smith) una gran fiesta: todos los hermanos comían juntos el TOTEM, venerado como sustituto del padre asesinado. En el culto y en el banquete totémicos brilla claramente la ambivalencia inherente al complejo edipiano, y esa ambivalencia se conserva en todas las formas de religión.

El mismo banquete servía para la expiación del parricidio (mediante una especie de "catarsis" trágica o representativa), y servía también para reconciliar entre sí a los hermanos "comensales". Porque, después de la rebelión y del parricidio los hermanos lucharon entre sí durante largo tiempo, hasta que se convencieron de la necesidad de vivir en paz, aplacando al "espíritu" del padre (encarnado en el Tótem), y haciendo observar ciertas normas morales o prohibiciones (TABUS), como son no matar, no cometer actos incestuosos, etc.

El examen del totemismo confirma (según Freud) la doctrina según la cual la religión es un efecto de la represión de los instintos, junto con la transferencia y la sublimación de los mismos. Pues el totemismo incluye una serie de preceptos y prohibiciones, que son realmente otras tantas renunciaciones instintuales: adoración del TOTEM, exogamia o renuncia a las mujeres del mismo clan,

igualdad de derechos, prohibición de la violencia, etc. De todos modos, el Tabú o la prohibición del incesto parece ser el precepto fundamental de la civilización, y especialmente de la religión.

Las religiones teistas y la sublimación del padre

En las religiones teistas el Dios personal sustituye al Tótem (que representaba al padre primitivo). Así pues, en dichas religiones Dios es una “sublimación” del padre.

Como ya explicamos antes, en la sublimación la libido se separa de su meta sexual y se orienta hacia objetivos más elevados (culturales o sociales). De ese modo la libido “objetal” se transforma en libido “narcisista”, perdiendo sus objetivos sexuales, de manera que se “de-sexualiza” o “sublima”.

Es menester distinguir en el hombre entre instintos primarios e instintos secundarios. Estos son “sublimaciones” de aquéllos. En los primeros se busca únicamente la satisfacción inmediata del individuo según el principio del placer. En los segundos (regidos por el principio de la realidad) se busca el bien común (junto con el bien particular).

El hombre llega a la idea de Dios por analogía con la imagen del padre. Dios es la representación infantil del padre, que ha sido sublimado. Es la imagen del padre potenciada y elevada hasta una perfección infinita. La imagen que el niño tiene de su padre (como ser poderoso, sabio, bueno y justo) perdura en su inconsciente, y elevada o sublimada produce la idea de Dios.

Pero esta idea no se forma solamente por sublimación de la imagen paterna, sino también por “introyección” (en el Super-Yo) de las normas religiosas y morales. Mediante esta introyección, el ideal de la vida infantil no está ya fuera del sujeto, encarnado en una persona exterior (el padre o el educador), sino que queda introyectado en el mismo niño como parte de su psiquismo (“voz interior”, “voz de la conciencia”).

Nace así la estructura especial llamada “Super-Yo” o “Ideal del Yo”, en la cual se forman y tienen su sede la religión y la conciencia moral.

En último análisis, Dios es una proyección del Super-Yo, que es hipostasiada y adquiere autonomía o personalidad objetiva.

De ese modo las formaciones religiosas se asemejan a las formaciones paranoicas (fundadas también en mecanismos proyectivos).

Con la evolución cultural de los pueblos es superado el totemismo, y aparecen otras formas de religión más completas y sistemáticas. El Tótem es sustituido por representaciones divinas personalizadas: en un primer período, por diversos héroes y elementos naturales divinizados (religiones politeístas), y finalmente por un Ser Personal, Único y Perfectísimo (religiones mono-teístas).

En síntesis: el niño sublima la imagen del padre y sus normas culturales, introyecta después todo esto en el Super-Yo, y finalmente lo proyecta sobre la realidad como Dios Personal y como normas objetivas de conducta.

Las religiones politeístas

Las religiones politeístas fueron las primeras formas de religión consiguientes al totemismo. Después de la primera horda primitiva, presidida por el padre, viene un clan fraterno de tipo matriarcal. Pero la primitiva igualdad de este clan degeneró en una verdadera "oligarquía", en la que eran venerados (como dioses) diversos héroes y heroínas. Entre todos los dioses sobresalía especialmente uno (Zeus entre los griegos, Júpiter entre los latinos...). Al fin éste debía destronar a todos los demás, presentándose como el Dios único, y dando así origen a la religión mono-teísta.

Segun Freud, las divinidades debieron seguir este orden cronológico: diosa madre, héroes, dios padre. Con el Dios Padre queda restablecida totalmente la grandeza del protoparente de la horda primitiva.

Observa el mismo autor que, con el tiempo, los sacrificios perdieron su conexión con el "banquete totémico", y se transformaron en simples ofrendas a la divinidad, en actos de renuncia a favor de Dios. El mismo Dios fue tan exaltado sobre los hombres, que era necesaria la mediación de un "sacerdote" o de un "pontífex" para llegar hasta el mismo.¹⁴

¹⁴ Sigmund Freud, *Psicología de los grupos y análisis del Ego* (1921).

El monoteísmo judío y cristiano

En el libro *Tótem y Tabú* estudia Freud el desarrollo de la religión desde los inicios de la humanidad hasta el nacimiento de las religiones politeístas. En el escrito titulado *Moisés y la religión monoteísta* trata de explicar el origen de las religiones monoteístas, y especialmente el origen del monoteísmo judío.

El monoteísmo hebreo es obra del genio y de la actividad de Moisés. Fue éste un personaje egipcio, formado en la religión del dios solar Aton, del faraón Amenhotep IV (llamado Ikhnaton). Moisés inculcó al pueblo judío la adoración y el culto del Dios único: un Dios celoso que exigía de su “pueblo escogido” obediencia total a un sistema de leyes muy numerosas y severas.

Entre los egipcios no tuvo éxito el monoteísmo, pero triunfó entre los judíos. Estos se rebelaron un día contra el “paternalismo” tiránico de Moisés, y le asesinaron. El “trauma” de este asesinato fue el “reactivo” que, después de un cierto período de “latencia” o de “incubación”, hizo que el pueblo judío sublimase la imagen de su jefe y volviese al monoteísmo por él predicado.

Dicho monoteísmo es una neurosis colectiva, propia de los judíos, neurosis que se desarrolló (análogamente a las neurosis individuales) partiendo de un “trauma” muy profundo, y pasando por un largo período de incubación. En efecto, después de la muerte de Moisés, el pueblo hebreo abandonó la religión (muy espiritualizada) de Aton, predicada por el gran profeta, y adoró a diversos ídolos (semejantes a los Baalim de los cananeos). Sin embargo, la religión monoteísta continuaba actuando en el inconsciente, y poco a poco dominó el espíritu del pueblo, hasta que éste se nombró como jefe un “segundo Moisés”, y volvió a la adoración del culto del Dios Único (llamado Jahveh), Dios de todos los pueblos y Dios especial del pueblo escogido o del pueblo judío.

Bajo el influjo de un profundo sentimiento de culpabilidad, los asesinos del gran profeta, abandonaron finalmente el politeísmo, aceptando la religión monoteísta, y obedeciendo así — de modo retrospectivo — al mismo Moisés.

El pueblo judío fue dominado (más que ningún otro pueblo) por un fuerte sentimiento de culpabilidad por razón de un doble “paricidio”: el asesinato del protoparente de la humanidad, y el asesinato del padre libertador del mismo pueblo hebreo. Y ese

profundo sentimiento lo impulsó (más que a otros pueblos) a reconocer al Padre por excelencia como el Dios Único.

De ese modo la fuerza extraordinaria de un sentimiento de culpabilidad — nacido de un doble parricidio — lleva a la sublimación mas total y perfecta: la religión monoteísta.

La religión cristiana es — segun Freud — el último desarrollo del monoteísmo judío. El fundador del cristianismo fue — más que el mismo Cristo — Saulo o Pablo (un judío-romano de Tarso). Pablo se inspiró en el asesinato del profeta llamado Jesús, que había predicado ideales éticos muy elevados. Y tuvo mucho éxito entre los hombres que esperaban la venida del Mesías o que deseaban el retorno de Moisés (el “padre” asesinado siglos antes).

Moisés fue el primer Mesías, y Jesús fue su sustituto y sucesor. También Jesús fue asesinado por el pueblo judío. El era el Moisés resucitado, y a la vez el Hijo y el sustituto del Padre. Se ofreció a si mismo en expiación, y se transformó él mismo en Dios, al lado del Padre, ocupando incluso el puesto de este último.

Como el judaísmo era la religión del Padre, así el cristianismo se convirtió en la religión del Hijo. Una religión universal, no limitada (ni siquiera en modo preferencial) a los hebreos, una religión universal del género humano, que libera al hombre del “pecado original” (concepto muy paulino), y predica el Evangelio (la “buena Nueva”) de la salvación, por medio de Cristo quien nos redimió con su sangre, reconciliándonos con el Padre. El sacrificio cruento de Cristo sobre la cruz se renueva en el sacrificio incruento del mismo en la Eucaristía (muy semejante al “banquete totémico”). El banquete eucarístico está más sublimado, y es mas universal y completo que el banquete totémico. Es el “sacrificio de la nueva y eterna alianza”, en el cual todos los hombres (reunidos como hermanos) pueden comer simbólicamente a Cristo “sacramentado”, reconciliándose con él y con el Padre, y recibiendo diversos dones divinos.

El cristianismo se separó gradualmente del judaísmo por diversas razones histórico-doctrinales, y sobre todo por influjo de la cultura greco-romana y del antisemitismo, convirtiéndose finalmente en una religión independiente y universal.

Con el monoteísmo (y especialmente con el monoteísmo cristiano) culmina el proceso de la evolución religiosa de la humani-

dad. Proceso que tiene su origen próximo en el sentimiento de culpabilidad, proveniente, a su vez, del complejo edipiano (individual y social). Dicho complejo es la raíz mas profunda de las neurosis, de la organización social y de todas las formas de cultura (religión y moral, artes y ciencias...).

El cristianismo alcanza una gran altura psicológica, porque añade al judaismo el sacrificio y la muerte de Cristo en favor de toda la humanidad. Pero se trata de una altura irracional, pues sus raíces están profundamente hundidas en las redes del inconsciente.

Crítica de la teoría de Freud.

Hagamos ahora una breve crítica de la doctrina anteriormente expuesta, y sobre todo de la doctrina freudiana sobre la religión.

El psicoanálisis ha ejercido un profundo influjo sobre toda la cultura contemporánea, y especialmente sobre la psicología, la psiquiatría, el arte y la literatura. Su principal mérito consiste en el descubrimiento del valor extraordinario del inconsciente y de los factores dinámicos en la conducta humana (incluida la que parece más noble, racional y libre). Es particularmente valiosa la explicación psiconalítica de la "significación" de los sueños, de las neurosis y de sus síntomas, de los "actos fallidos", y en general de los hechos aparentemente arbitrarios y vulgares del comportamiento humano. Freud hace notar justamente la importancia de la afectividad inconsciente, y el gran valor de las experiencias de la primera infancia (que ejercen un influjo decisivo sobre la vida posterior). El freudismo no tiene solamente el mérito de sus descubrimientos, sino también (y sobre todo) el de haber abierto nuevos horizontes de fructuosa investigación en los diversos sectores de la cultura.

Freud se sintió muy desanimado cuando constató que muchos de sus pacientes mentían durante el tratamiento psicoanalítico. Pero pronto comprendió que esas mentiras podrían servir para conocer mejor los estratos más profundos del psiquismo de los mismos pacientes.

Nuestro autor no se contentó con aplicar el psicoanálisis a la exploración del inconsciente y a la terapéutica de las neurosis, sino que extendió sus teorías al entero campo de la psicología, y final-

mente a todos los sectores de la cultura (considerados frecuentemente en forma muy unilateral).

Las explicaciones psicológicas de Freud suelen estar bien fundadas. Pero a veces sus doctrinas son desorbitadas y unilaterales, hasta caer en un inadmisibles "psicologismo". Son especialmente censurables el materialismo, el determinismo total y el pansexualismo básico que penetran toda la psicología y la filosofía freudiana.

En general Freud enfatiza demasiado los factores físicos e innatos, a expensas de los culturales y adquiridos. Con frecuencia interpreta la psicología infantil en términos propios de la psicología del adulto e incluso de la psicopatología. Valora excesivamente las experiencias vitales posteriores.

Los estudiosos contemporáneos de psicología social y de antropología cultural muestran el influjo decisivo del ambiente socio-cultural en la formación y en el desarrollo de los diversos "complejos" (y particularmente del Complejo de Edipo) y sobre las diversas formas de sublimación y de psicoterapia.

El Yo freudiano es demasiado restringido, y demasiado dependiente del Ello. Los psicoanalistas posteriores (Anna Freud, O. Fenichel, H. Hartman, K. Horney, E. Fromm, E. H. Erikson, etc.) afirman el valor y la autonomía del Yo, poseedor de una energía propia, influido, pero no determinado por el Ello y por los procesos inconscientes, y capaz de orientar diversa y libremente las energías del *Eros* y del *Thanatos*. El Yo puede poner la libido y la agresividad al servicio de los ideales superiores de la persona y de la sociedad humana.

Según René Dalbiez, el freudismo explica bien el nivel inferior y animal del psiquismo humano, pero ofrece una explicación insuficiente y extorsionada de los valores superiores o espirituales (de la religión, la moral, las artes, las ciencias...).

El psicoanálisis defiende una antropología demasiado estrecha. Es necesario (dice Joseph Nuttin) elaborar una síntesis perfecta, completando la antropología freudiana con las aportaciones provenientes de otras formas de investigación (psicología clásica, psicología social, biología, filosofía, teología...), a fin de ofrecer una visión más amplia y adecuada de la persona humana. Porque el hombre es un ser muy complejo, con diversos niveles

ontológicos y dinámicos, a los que corresponden diversas necesidades y diversos "motivos" de obrar (inferiores y superiores, sensitivos e intelectivos, corporales y espirituales).

Según Erich Fromm el ideal del freudismo era controlar y dominar los instintos por medio de la razón y de la ciencia. La historia enseña que el mismo Freud se esforzó por obrar de esa manera. Dedicaba la última media hora de la noche al auto-análisis, pensando que de ese modo podría conocerse y perfeccionarse a sí mismo.

Freud era ciertamente un genio, pero también era un hombre dominado por diversos prejuicios y complejos. Un hombre que parecía haber dominado su libido, pero no su agresividad, y sobre todo su resentimiento contra la religión cristiana. Era un hombre que veía frecuentemente enemigos inexistentes, y no sólo en la Iglesia Católica, sino también entre sus propios colegas. Según G. Zilboorg, la actitud antireligiosa de Freud es el síntoma de un profundo conflicto emotivo respecto del catolicismo.

En su explicación de la religión Freud pasa ilógicamente (dice Paul Ricoeur) de la analogía a la identidad estructural entre la religión y la neurosis. El psicólogo vienés comienza haciendo notar las analogías, y termina afirmando la identificación: la religión es semejante a la neurosis, luego es una neurosis. Usando el mismo argumento podría decirse el hombre es semejante al chimpancé, luego el hombre es un chimpancé.

La religión combatida por Freud no es la religión auténtica (madura y responsable), sino una religión caricaturesca. La crítica religiosa freudiana (dice J. Nuttin) es un buen ejemplo del fanatismo de querer llevar hasta el extremo una idea nueva.

Además, Freud es un autor muy unilateral. Estudia la religión únicamente como fenómeno religioso, e incluso casi exclusivamente como hecho "patológico", prescindiendo de otros aspectos y omitiendo prácticamente el estudio de los fenómenos psíquicos superiores.

Muestra tener graves prejuicios contra la religión. Supone *a priori* que sólo es válida la dimensión científica (la ciencia, dice Freud, es la única forma real, y no ilusoria, de cultura), y así concluye que la religión es una ilusión precisamente porque no es

una ciencia. Afirma además que la religión es una ilusión muy peligrosa, a causa de su permanencia y de su universalidad. Es un veneno dulce, o mejor dicho "agridulce", una sublimación de los deseos infantiles, un resto o residuo de la infancia individual y social del hombre. La forma especial de religión llamada "misticismo" es todavía menos válida que la religión ordinaria precisamente porque es mucho más irracional y primitiva.

El mismo Freud admite que, en el plano psicológico, la religión parece tener un gran valor práctico, como algo que satisface los deseos más profundos de la humanidad. Insiste, sin embargo, en el hecho de que esa satisfacción es meramente ilusoria, y no real (como la proveniente de la ciencia).

Ciertamente (explica Freud) la religión no se basa únicamente en una ilusión. Tiene también una base histórica, a la que debe su eficacia. Pero esa base se centra en la edad infantil del individuo y de la sociedad, y realmente se reduce al "retorno" de los deseos reprimidos y a una "herencia arcaica" del hombre.

Como se ve, el psicólogo vienés tiene siempre presente una religión infantil e inmadura.

La doctrina freudiana sobre el Edipo social (rebelión contra el padre, parricidio, y la consiguiente situación conflictiva) es una mera hipótesis, sin ningún valor científico (como prueban L. Kroeber y otros antropólogos hodiernos). Y es claro que en esa hipótesis no se puede fundamentar una doctrina "científica" de la religión (como pretendía Freud).

Las narraciones freudianas sobre el nacimiento, la vida y la muerte de Moisés no tienen ningún fundamento sólido. En la explicación psicoanalítica aparece totalmente distorsionada la doctrina cristiana sobre el pecado original, la redención, la eucaristía, etc. . .

El fundador del psicoanálisis se presenta como un "iconoclasta" o debelador de los ídolos anticientíficos. Pero él mismo obra como un verdadero idólatra de la ciencia, o mejor dicho como un idólatra de la ciencia del siglo XIX, que frecuentemente no era verdadera ciencia.

A pesar de todo lo dicho, la doctrina freudiana sobre la religión tiene también sus méritos. Contiene una crítica oportuna de las formas religiosas infantiles, inmaduras, e incluso patoló-

gicas. Como explica C. Kottayarikil, la citada crítica freudiana constituye un reto (*challenge*) para todos los hombres religiosos, y especialmente para los católicos. Reto al que deben responder trabajando por purificar y perfeccionar cada vez más la religión por ellos profesada, hasta llegar a un cristianismo plenamente maduro y responsable.

Afirma Freud que la religión cristiana se basa en una fe irracional. Cita especialmente la famosa sentencia "credo quia absurdum". Pero es menester notar que esa sentencia es de Tertuliano, y no pertenece a la tradición teológica de la Iglesia Católica (como supone gratuitamente el psicólogo vienés). La fe cristiana excluye el absurdo. No está contra la razón, sino sobre la razón. La gracia divina (explica Santo Tomás de Aquino) no destruye la naturaleza, sino que la perfecciona.¹⁵

El análisis freudiano de la religión es un ejemplo de lo que el mismo Freud llama "análisis salvaje": no se escuchan los argumentos de la parte contraria, que es condenada sin verdaderas pruebas.

Sigmund Freud confesaba a su gran amigo, el pastor protestante Oscar Pfister, que la doctrina precedente reflejaba, más que la misma realidad, la actitud personal de Freud frente al problema religioso. La biografía del psicólogo vienés nos dice que era un judío apóstata, lleno de resentimiento contra los católicos, fanático de la ciencia, y a la vez muy crédulo e inclinado al ocultismo.

El examen objetivo muestra que la religión en general, y el cristianismo en particular, puede ser condenado por un psicoanálisis imperfecto y superficial, pero no por el psicoanálisis completo y sistemático, el cual puede procurar al creyente una mayor madurez humana según los mismos criterios establecidos por Freud.¹⁶

El psicoanálisis es, en sí mismo, un método neutral y eficaz de investigación de los diversos estratos del psiquismo humano. Es un utilísimo instrumento de trabajo, que puede ser usado diversamente según la mentalidad y los fines de quien lo emplea. Muestra que el hombre es un ser enigmático, inconcluso y necesitado de ulteriores perfeccionamientos. El verdadero psicoanálisis y el

¹⁵ Cf. S. THOMAS, *Summa Theologiae*, I, 1, 8 ad 2; *Ibidem*, 2.2; ad 1.

¹⁶ Cf. J.J.R. Demsey, *Psychanalyse et catholicisme*, Paris, 1958. A. Ple, *Freud et la religion*, Paris, 1966.

cristianismo auténtico no sólo no se oponen, sino que incluso pueden ayudarse y completarse mutuamente.

Como conclusión de este trabajo, digamos algunas palabras sobre la relaciones entre la "confesión psicoanalítica" y la confesión sacramental de la Iglesia Católica.

El psicoanálisis freudiano confirma indirectamente el gran valor psicológico y terapéutico de la confesión sacramental bien hecha. Es necesario insistir sobre esta última expresión, porque la confesión sacramental mal hecha es traumática y dañosa, mientras que la hecha adecuadamente ayuda mucho al hombre a conocerse, corregirse y perfeccionarse.

Segun Pierre Janet,¹⁷ la confesión ordinaria parece haber sido inventada por un gran analista que tratara de curar a los obsesionados.

La confesión psicoanalítica y la sacramental son muy diversas, a pesar de sus múltiples analogías. En la primera (es decir, en el método psicoanalítico) se trata de curar las enfermedades mentales mediante la "catarsis" o purificación producida por el descubrimiento y por la toma de conciencia de los conflictos (traumas) y de sus causas (casi siempre inconscientes). En cambio, la confesión sacramental se mueve propiamente en el campo de la conciencia (psicológica y moral) y en nivel suprahumano (o sobrenatural) de la fe en Cristo y en el perdón obtenido mediante su palabra. Son procesos pertenecientes a planos distintos. Cuando se desarrollan ambos adecuadamente no sólo no se oponen, sino que se complementan y benefician entre si.

MARCOS F. MANZANEDO, O.P.
Madrid, Spain

¹⁷ Pierre Janet, *Obsession et psychasthenie*, II, 725 (ed. Paris, 1912).